
César E. Arroyo

(1886 - 1936)

Renán Flores Jaramillo



La rememoración de las Cortes de Cádiz trae para los ecuatorianos, junto a Mejía Lequerica y a José Joaquín Olmedo, dos grandes protagonistas de aquella etapa de la historia española y americana, la figura de César E. Arroyo.

Cien años después de la Constitución que abrió para España el camino de las libertades, Arroyo estuvo presente en Cádiz, para los actos conmemorativos en carácter de Secretario de la Delegación ecuatoriana en aquellas fiestas.

Gozaba ya de gran renombre como escritor. Se le conocía como uno de los prosistas máximos de su tiempo, que fue por cierto un tiempo rico en grandes prosistas hispanoamericanos.

A César E. Arroyo hay que admirarlo por múltiples y

Testimonio 111

muy diversos motivos. Por su temprana dedicación a los temas y problemas de la juventud hispanoamericana, cuando esa juventud echó a andar decidida hacia un porvenir mejor para el mundo americano; por su condición de profesor universitario con un amplio historial de dirigente y animador de las más prometedoras y comprometidas actuaciones; por su ejemplar carrera dentro de la vida consular ecuatoriana, a lo largo de la cual representó en América como en Europa con toda dignidad a la patria y a su cultura. Y hay que admirarle también por su condición humana, por su afabilidad en el trato sincero pero discreto para sus amistades y aún para sus simples conocidos. Tenía don de gentes y capacidad de amistad. Su correspondencia muestra el respeto y el cariño que sentían por él los grandes hispanoamericanos de su hora, como también algunos de los principales españoles conocedores de la literatura hispanoamericana. José Vasconcelos y Gabriela Mistral, por citar únicamente una pareja de grandes entre los grandes, sentían por César E. Arroyo amistad verdadera, nacida del vínculo literario, pero desarrollada y confirmada por el trato personal, el contacto humano y nada más que humano.

Entre sus vocaciones o voluntades de servicio figuraba la de publicista. En el medio literario madrileño, nada fácil por lo general para

los extranjeros. Arroyo se distinguió como animador de revistas de primerísimo orden. Hay un momento en Madrid que los dos hispanoamericanos más activos y estimados en ese campo de la publicación eran el venezolano Rufino Blanco Fombona y el ecuatoriano César E. Arroyo. Periodista de colaboración frecuente en diarios y revistas, creó y mantuvo páginas literarias en importantes periódicos de España y de América. En el Ateneo de Madrid, por donde pasaron siempre las glorias hispanoamericanas, César E. Arroyo dejó una huella luminosa.

Pero lo permanente en una vida como ésta, es la obra impresa, lo que llega para quedarse y seguir viviendo cuando desaparece físicamente el hombre. De los muchos empeños idealistas en que participara o promoviera Arroyo, pueden quedar muy pocos en la memoria de la posteridad pero de su obra de creador, de pensador, de artistas cuidadísimo, no hay manera de olvidarse. Ahí están sus libros, poco leídos actualmente quizás, porque se lee poco entre nosotros, pero ahí están. Desde el temprano "Retablo" hasta el Libro de "Las Catedrales de Francia", una obra maestra para las letras hispanoamericanas de todos los tiempos. Arroyo cultivó con egregia elegancia todos los géneros. Sus estudios sobre Galdós y otros autores, sus Medallones de

corte crítico-biográfico, incluso sus tanteos y tentativas en el mundo del teatro, pregonan la actividad espiritual incesante de un hombre con fé en el papel de las letras y de las artes en el mundo que le tocó vivir.

César E. Arroyo pasó la mayor parte de su edad lejos del Ecuador. Lejos materialmente, se entiende. Como supieron demostrar en su momento Augusto Arias e Isaac Barrera, Arroyo será para siempre un genuino exponente de la superior literatura de un pueblo que da importancia a la literatura.

Hay que volver a leer sus libros. La calidad de sus obra y la pasión de su entrega a la creación literaria, características que dieron fruto magnífico, obligan a tener presente siempre, y para siempre, los trabajos y las nobles ambiciones creadoras de César E. Arroyo.